

CRITICA TEATRAL.-

“EL, ELLAS Y EL LADRON”

Por SERGIO VODANOVIC

6/4/56

Santiago cuenta con cuatro salas que permanentemente, presentan obras teatrales. De ellas, tres pertenecen a los llamados “teatro de bolsillo” por las reducidas dimensiones de sus escenarios y poca disponibilidades de sus localidades. Esto ha traído consigo que la producción teatral en esta capital está condicionada en gran medida, a obras de escaso reparto, un solo decorado y destinadas a halagar el gusto del público. De ahí que ya estemos pronto a agotar el repertorio mundial de vodeviles o comedias livianas que son las que, con mayor frecuencia, cuentan con estos requisitos mínimos. El público teatral santiaguino principia a fatigarse de tanta comedia que gira invariablemente en torno a situaciones frívolas, en que tienden a la repetición de efectos y de diálogos sustentados en la misma línea de humor.

“El, Ellas y el Ladrón”, es una comedia de este tipo. En nuestra opinión, ella supera a muchas de las que se han representado con éxito en nues-

actuación de un conjunto homogéneo que carece, sin embargo, de la soltura necesaria para valorar la obra. Es extraña la elección de esta comedia en la que Silvia Piñeiro, la primera figura del conjunto, tiene tan poco lucimiento y en que la responsabilidad interpretativa queda a

manos de Hugo Miller y Manuel Poblete. El primero, eludiendo el tono farsesco en el que tan frecuentemente ha caído en interpretaciones anteriores, actúa, si bien con naturalidad, en forma opaca, perdiendo parlamentos que con otro actor habrían sido de seguro efecto. Poblete, si-

gue mostrando lo que es, un actor responsable, seguro pero carente de la simpatía y la presencia escénica que exige la comedia. Karina en su corto papel, demuestra tener calidad de actriz sobre todo, al exhibir una personalidad definida, pero tiene una dicción que deberá cuidar rigurosamente si desea continuar su carrera de actriz. Parece no sospechar la existencia de las “s” en los plurales.

Hemos dicho que Silvia Piñeiro tiene en esta comedia un papel casi episódico. Lo hace con su natural talento dando de inmediato interés a las escenas en que ella interviene. Su actuación trae la novedad de ver a una Silvia Piñeiro que se mueve en el escenario con tranquilidad y aplomo, sin el exceso de gesticulación, que, generalmente, daña a sus interpretaciones.

La escenografía de Oscar Navarro es merecedora por su buen gusto y calidad funcional de los mejores aplausos.



tros escenarios pero, desafortunadamente, llega a conocimiento del público justamente cuando éste, técnico a la fuerza en el género, exige mucho más del texto y de la interpretación.”

André Haguét, su autor, emplea el diálogo con elegante desentado y sabe explotar las situaciones que su inverosímil enredo trae consigo. Tiene un mérito importante dentro del género: La comicidad va en aumento y el tercer acto, por donde suelen flaquear la mayoría de los vodeviles es el mejor de todos, aún cuando se alarga innecesariamente la caída del telón final.

Hemos dicho con anterioridad, que este género requiere como ningún otro de una interpretación brillante. El texto, en este tipo de comedias, es un vehículo para el lucimiento personal de los intérpretes que no solo deben limitarse a decirlo con naturalidad, sino, también, realzarlo con su presencia escénica.

En la interpretación de “El, Ellas y el Ladrón” se advierte la